

LA MALDICIÓN

La muerte de peor carácter de todo el cementerio era Ana Maidana de Quintana. En vida, Ana había sido una persona muy pegada a las reglas ortográficas. Al cementerio había llegado hacía solo un mes y los problemas comenzaron ese mismo día.

Tras un breve paseo entre las tumbas, Ana tuvo una reacción inesperada: se puso a gritar enojada. Su enojo se debía a una leyenda que vio en una placa de bronce:

¡José te fuistes, pero tu imagen perdura en nuestra memoria y en nuestros corazones!

-¿Fuistesss? –pronunció Ana, exagerando la ese- ¿Corasssiones?

Siguió caminando y unos metros más allá, otra leyenda llamó su atención:

Cristina: te recuerdan tu esposo, hijos y nietos.

-¿Higos? ¿Los higos recuerdan a Cristina? –dijo Ana, furiosa-. ¿Qué higuera da higos con sentimientos?

Enseguida leyó espantada el texto de otra lápida: *¡Querida esposa: nos reuniremos en el más allá y seremos felices como hacá!*

-¡Esto es ilegible! ¡Ahhh! –fue el interminable grito de Ana, que les erizó la piel y les puso los pelos de punta a los muertos y a los vivos de diez kilómetros a la redonda.

Eran las siete de la mañana. En ese momento, el encargado del cementerio, el señor Héctor Funes, tomaba té con el sepulturero, el señor Héctor Pozos, y el vendedor de flores, el señor Héctor Clavel. Eran los únicos seres humanos vivos presentes tan temprano en el cementerio y, aunque no podían escuchar el grito de un muerto, sí experimentaron un profundo escalofrío. El fuego de la estufa se apagó, los pájaros huyeron de los árboles, varias cigüeñas se cayeron del campanario de una iglesia cercana y un silencio de sepulcro cubrió la escena.

-Un muerto ha montado en cólera –dijo Héctor Funes, que después de treinta años de ejercer como encargado del cementerio sabía todo lo que se puede saber de los muertos.

Mucho se habló ese día sobre esa desagradable sensación experimentada por todos en la ciudad, pero mucho más se dijo en los días siguientes, cuando comenzaron a registrarse extraños sucesos.

Un sexto curso completo fue perseguido por un libro de ortografía que trataba de morderles la cabeza a los pequeños.

Un señor en cuya casa había un cartel que decía “*Jestoría*” fue perseguido por una plancha voladora.

La ciudad estaba bajo los efectos del pánico. Nadie entendía lo que pasaba. Los únicos que tenían un plan para intentar remediar aquello eran los Héctores.

Héctor Funes, Héctor Pozos y Héctor Clavel estaban preocupados porque ya casi nadie visitaba el cementerio. Los pocos que iban pasaban rápido por la tumba de su pariente y no compraban flores ni dejaban propinas.

Un día, los Héctores compraron algunos pinceles, unas pinturas y cogieron una edición usada del Dudas y errores del idioma castellano, un pequeño manual. Durante una jornada completa se dedicaron a corregir los errores en las lápidas y una noche, sin que nadie los viera, llevaron cubos y una escalera por toda la ciudad hasta corregir todos los carteles con errores.

-¡Es el fantasma de Ana Maidana de Quintana! Solo ella podría hacer algo así.

Los tres Héctores se juraron no contar nunca la verdad.

Ana volvió a su tumba y se quedó tranquila. Pero para los Héctores, las cosas ya no volvieron a ser como antes: como contagiados por una maldición (¿la maldición de Ana Maidana de Quintana?), cada vez que veían un error no podían dejar de correr a corregirlo.

Ricardo MARIÑO (texto adaptado)